

Las elecciones legislativas han terminado después de una breve e

EXAMEN DE UN RESULTADO ADVERSO

intensa campaña. Las cuatro formaciones nacionales preponderantes: UCD, PSOE, PCE y CD han obtenido, respectivamente, 6.170.000 votos la UCD; 5.346.000, el PSOE; 1.883.000, el PCE; y 1.102.000, la Coalición Democrática. Lo que traducido a escaños representa: 167, para la UCD; 121, para el PSOE; 23, para el PCE; y nueve para la CD. Los grupos nacionalistas regionales representan en conjunto 29 escaños y 1.300.000 votos. El partido de centro queda a 10 escaños de distancia de la mayoría del Congreso. El PSOE se verá alejado, durante los cuatro años de legislatura, de convertirse en una alternativa real de Poder. El PCE, también y con mayor motivo. Faltaría a la verdad si dijera que el escaso resultado obtenido por Coalición Democrática era el que esperábamos sus dirigentes. Declaro públicamente mi decepción por el revés sufrido. Hubiera deseado que la Coalición Democrática lograra muchos más votos y escaños que los obtenidos. No ha sido así y al agradecer de corazón al millón cien mil españoles que dieron los sufragios a nuestras candidaturas la confianza demostrada quiero analizar brevemente el sentido de la elección.

La UCD ha consolidado su posición como el partido más importante del país. Ha logrado dos escaños más que en junio del 77. Tiene el apoyo del 23 por 100 de todos los ciudadanos con derecho a voto. Y por vez primera desde que ocupa el Poder se halla libre de las hipotecas del consenso para efectuar —si así lo desea— una política propia, coherente con la tendencia predominante del voto que le ha demostrado su confianza.

Coalición Democrática tiene una corta historia política. Nació el 15 de enero, hace seis semanas, para presentarse como formación unida en la contienda del 1 de marzo. La integraron, originariamente, tres partidos, cuyos líderes, Manuel Fraga, Alfonso Osorio y yo mismo, invitamos a otros grupos y personalidades a unirse a nuestro propósito. El Gobierno sabía desde muchos meses antes cuándo y cómo llamaría a elecciones legislativas. Los otros partidos fueron sorprendidos por la repentina convocatoria. Hubo que hacer los preparativos de campaña con prisa e improvisación y allegar los medios mínimos necesarios, superando enormes dificultades. No estoy justificando nada sino explicando lo que aconteció. La UCD, desde el Poder, contaba inicialmente con ventajas tan considerables que parece innecesario enumerarlas.

Coalición Democrática quiso, esencialmente, llamar la atención de un gran sector del electorado sobre el mal camino que llevan los asuntos del interés público en España desde 1977. Sobre el grave deterioro de la situación económico-social por ausencia de una política eficaz y determinada que se encare con las cuestiones que preocupan al hombre de la calle. Sobre los alarmantes aspectos de la inseguridad ciudadana, la paralización administrativa y la irresuelta y en-

conada problemática vasca. Y sobre la necesidad de rectificar la trayectoria gubernamental de estos dos últimos años, inclinando el rumbo de la nave hacia lo que significa, a nuestro juicio, el sentir de la mayoría sociológica de España que desea un sistema de progreso y libertad de base democrática para la vida pública, pero con un Gobierno firme y eficaz que ofrezca soluciones concretas a los problemas pendientes.

Nuestra apelación se dirigía sobre todo a ese voto indeciso que en las encuestas aparecía como un 40 por 100 del censo electoral a pocas fechas de la elección. Ese sector de opinión es probablemente de centro derecha en una buena parte, ya que el voto de la izquierda es, en general, militante y comprometido. La abstención media del electorado ha sido en esta elección algo superior al 33, lo que equivale a decir que solamente un 7 de ese 40 indeciso se movilizó hacia las urnas el 1 de marzo. La teoría del «voto útil», el temor a una toma del Poder por la izquierda marxista y la inercia de votar al partido del Gobierno han sido los eficaces resortes que, manejados por la gigantesca propaganda, han dado a la UCD los brillantes resultados obtenidos. Estoy convencido de que muchos de esos votantes indecisos que a última hora han acudido a las urnas estaban identificados con nuestro planteamiento, aunque no nos dieron sus votos. Quizá nuestro mensaje no llegó en tan breve campaña con suficiente densidad y claridad al elector indeciso. Acaso sean otros los motivos —desengaño y falta de fe en el sistema democrático— lo que ha hecho que uno de cada tres españoles se haya quedado en casa a la hora de votar. Pero lo cierto es que no hemos obtenido en ese campo mayoritario de los españoles abstencionados —nueve millones de ciudadanos— el eco suficiente para movilizarlos en nuestra dirección.

El voto masivo obtenido por UCD que le permite mandar en solitario, ¿dará un nuevo contenido a la política del Gobierno? El sentirse libre durante cuatro años de los compromisos anteriores con la izquierda, que ha quedado parlamentariamente eliminada durante ese periodo de las vías del acceso al Poder, ¿abrirán el camino a una etapa de energía y eficacia que supere las dificultades actuales? Sinceramente lo deseáramos por el bien de España. Nadie en su sano juicio apuesta por el agravamiento de la situación o por las soluciones límites. Lo que propugnamos es que se saque a la nación adelante y que volvamos al progreso y a la normalidad. Los votos han dado su confianza —quizá ciega— al partido del Gobierno para que gobierne bien. No le faltará nuestro apoyo en cuanto que sirva a los intereses nacionales y a los principios que inspiran nuestro programa. Si el Gobierno interpreta acertadamente el mandato recibido puede esperarse que subsane orientaciones pasadas y se cla-

rifique la situación actual. Si se persiste en el error o en el desacierto nuestra

advertencia y nuestro llamamiento seguirán siendo válidos en su formulación originaria.

Se ha escrito con motivo de estos resultados electorales que la derecha ha desaparecido, que está destruida y dividida y que no tienen remedio sus males. No lo pienso así. La derecha está viva y presente en la política española, como lo está en todas las naciones del llamado mundo occidental, aunque adopte diversas etiquetas y siglas. Representa una fuerza ideológica y política que defiende las libertades y lleva la iniciativa del progreso tecnológico y del bienestar económico en la comunidad moderna democrática. Hace uso de la audacia y de la imaginación en mayor medida que la izquierda porque sus planteamientos no están anclados en el dogmatismo rígido y decimonónico de las internacionales del colectivismo. Reconoce la existencia del proceso de cambio histórico en el que se encuentra la sociedad mundial, pero no se sitúa de espaldas a él sino que quiere encauzar sus torrenciales e imprevisibles consecuencias.

La derecha es, por definición, en cualquier país, más dispersa, menos disciplinada, más indolente, menos militante que la izquierda. Su tejido social es elástico y flexible, pero no es la piel de zapa de la novela balzaquiana que se diluía hasta desaparecer en la nada. Cuando alguien asume el protagonismo de la derecha de forma inequívoca retroceden las demás formaciones afines. Que la UCD ha ido acentuando a lo largo de su campaña el matiz del centro-derecha y aun de la derecha a secas es cosa evidente. No hay más cera que la que arde, pero hay mucha cera en nuestro país, aunque una parte se quede en casa. Organizar un gran partido de la derecha democrático y progresista es una tarea lenta y difícil que no se puede llevar a cabo al revuelo de una campaña electoral. Requiere dedicación, trabajo, tiempo y paciencia. Y por encima de todo, coherencia. Coalición Democrática se fundó, entre otras cosas, para echar a andar después de las elecciones —y sea cual fuere su resultado—; ese proyecto de actividad política que juzgamos conveniente y necesario para dar estabilidad al sistema democrático en España. A ello nos atenemos. Un revés electoral es, en suma, un resultado estadístico, a veces más favorable, otras veces más negativo. Forma parte del ejercicio democrático de consultar a la opinión. Ni hay por qué enfadarse, ni hay razón para los grandes vocablos dramatizantes. El millón de votos podría haberse duplicado. Los escaños, también. No ha sido posible esta vez. Aceptamos el resultado y seguimos pensando que nuestra crítica estaba fundada en duras realidades y en problemas que siguen pendientes. Nuestro deseo es que se resuelvan con una política acertada, sin condicionamientos paralizadores. Ese sería nuestro mejor éxito y nuestra mayor satisfacción.

José María de AREILZA